

LOS CRÍMENES DEL TANGO

Cristian Perfumo

Esta novela es una obra de ficción. Los personajes que aparecen en ella son producto de la imaginación del autor.

Edición: Trini Segundo Yagüe

Diseño de portada: Chevi de Frutos

ISBN: 979-13-88068-08-9

www.cristianperfumo.com

© Cristian Perfumo, 2026

«El tango es un pensamiento triste que se baila.»

Enrique Santos Discépolo

PRÓLOGO

En la morgue hacía frío. Demasiado frío. Un 23 de julio, en pleno invierno en la ciudad más austral del mundo, llevar dos días con la calefacción rota era un problema grave.

La doctora Agustina Peñasol se frotó las manos y sopló dentro de ellas antes de ponerse los guantes de nitrilo negros y entregarle un par a Laura Badía.

—Hace tres días que no oigo el motor encenderse —dijo la forense, señalando la cámara frigorífica. A Laura esas puertas cuadradas de acero inoxidable siempre le habían recordado a la heladera de la carnicería de Puerto Deseado donde su tía Susana la mandaba de pequeña a comprar para el asado de los domingos—. Eso significa que hace más frío fuera de la cámara que dentro.

Laura asintió y reprimió una sonrisa. Agustina tenía acento del noreste del país. No sabría decir la provincia. Corrientes, quizás. O Chaco. En cualquier caso, lugares mucho más cercanos al trópico de Capricornio que a la Antártida. Sitios donde, Laura suponía, las bufandas eran consideradas objetos exóticos.

Pusieron juntas el cadáver sobre la mesa de autopsias. Hombre. Entre treinta y cuarenta años. Pelo corto, mandíbula cuadrada y muchos tatuajes. El que más llamó la atención de Laura era una serpiente que atravesaba la mejilla izquierda.

La forense señaló el corte desde la nuez de Adán hasta el pubis.

—Terminé la autopsia anoche, tarde. Me costó encontrar a alguien en el edificio que me ayudara a volver a meterlo en la cámara. Pensé en dejarlo sobre la mesa, pero tenía miedo de que se congelara.

Laura sonrió ante la exageración. Agustina debía de tener a lo sumo treinta años. Entre su juventud, su acento marcado y la tela del guardapolvo blanco tensa por tantas capas de ropa debajo, Laura calculó que no podía llevar más de unos meses en la ciudad de Ushuaia. Y se necesitaba mucho más tiempo que eso para acostumbrarse al frío de Tierra del Fuego, en el sur más extremo de la Patagonia.

—La llamé porque nunca había visto algo así —dijo la médica con cierto brillo de ilusión en los ojos.

Laura tuvo ganas de preguntarle si con «nunca» se refería a los tres años desde que había terminado la residencia de medicina forense.

Agustina señaló un orificio del tamaño de una moneda junto al esternón, un par de centímetros a la izquierda del corte de la autopsia.

—¿Cartuchería de escopeta disparada a corta distancia? —aventuró Laura.

—Exacto, los perdigones entraron haciendo bala. Extraje trescientos once del siete y medio.

Era normal que Peñasol nunca se hubiera encontrado con algo así en su corta carrera profesional, pensó Laura. Ella, por el contrario, había visto más de una docena de heridas similares en sus dieciséis años como policía. Cuando los perdigones salían del cañón de una escopeta, durante los primeros metros se comportaban como una munición única. A eso se le llamaba «hacer bala». Viajaban juntos y, al impactar, abrían un boquete como el que le había quitado la vida a Manuel Reláñez, el hombre sobre la mesa.

—Esa cantidad de perdigones coincide con la que trae un cartucho 12/70, la munición más común para escopetas —comentó Laura—. No es algo que se vea todos los días, pero tampoco es tan inusual.

La forense negó con la cabeza.

—No es la herida lo que me extraña, sino lo que encontré dentro. *Además* de los perdigones.

Agustina se acercó a unas estanterías en las que convivían

libros, un microscopio y una cafetera. Cuando estiró una mano para buscar algo, una costura del guardapolvo se le desgarró a la altura de la axila con un *crrrrr* rápido.

—Siempre es mejor usar uno o dos talles más grandes —le aconsejó Laura—. Bienvenida a la Patagonia.

Agradeciendo el comentario con una sonrisa, Peñasol recogió de la estantería una cajita de acrílico transparente, la sacudió como si fuera un sonajero y la apoyó junto a la cabeza del cadáver. Dentro había un proyectil de arma de fuego, posiblemente nueve milímetros, aplastado por el impacto.

—Encontré esto a dos centímetros del corazón.

—¿En el cuerpo no hay ningún otro orificio de entrada? —preguntó Laura, aunque el entusiasmo con el que le hablaba Agustina ya le daba la respuesta.

—No —contestó la forense. Parecía estar haciendo un esfuerzo por no sonreír de oreja a oreja y decir «frío, frío».

—La otra alternativa que se me ocurre es que los dos disparos hayan entrado por el mismo orificio —sugirió Laura—. Es muy poco probable, pero no puede descart...

Agustina ya estaba negando. Abrió la cajita de plástico y le ofreció una lupa.

—Mire los pliegues.

Como todos los proyectiles que se detenían abruptamente, ese pedacito de plomo se parecía más a un chicle mascado que a la punta de una bala. En los dobleces habían quedado capturadas pequeñas esquirlas teñidas del marrón de la sangre oxidada.

Agustina señaló el microscopio balístico.

—Son astillas de madera —dijo—. Según el ingeniero agrónomo con el que consulté, muy probablemente pino o alguna otra conífera.

Aunque en su carrera como criminalista Laura había visto coincidencias más improbables que sacarse la lotería dos veces, esto le pareció demasiado.

—¿Me estás diciendo que esta bala fue disparada en otra dirección, rebotó en algo de madera y entró justo por el orifi-

cio que abrieron los perdigones?

Agustina abrió grandes los ojos. No solo parecía sorprendida, sino también decepcionada. A Laura le dieron ganas de mandarla, como decía Julián cuando se enfadaba, a freír espárragos. No lo hizo porque la forense le recordaba un poco a ella hacía diez años. Era una mujer joven que intentaba utilizar su obsesión por la muerte para algo de provecho.

—No —respondió la médica, con una nubecita de vapor acompañando sus palabras—. Para mí, la explicación es más simple. Y, con todo respeto, más probable.

Agustina empuñó con ambas manos una escopeta imaginaria y la apuntó al pecho de Laura.

—Le dispararon. Los perdigones entraron haciendo bala. Una herida fatal. *Post mortem*, el asesino le introdujo a mano un proyectil previamente disparado.

Sacó del bolsillo un objeto igual de imaginario que la escopeta y, con un gesto teatral, lo metió dentro de la herida hasta que los nudillos hicieron tope.

CAPÍTULO 1

UN AÑO DESPUÉS

Cuando sonó el teléfono, Laura estaba con Julián, su pareja, justo debajo de la mandíbula del *Custossaurus sarai*, el dinosaurio carnívoro más grande encontrado hasta la fecha. Se sorprendió al ver en la pantalla el nombre de Rodolfo Lamuedra. Casi no había hablado con él desde el caso del coleccionista de flechas.

¿Cinco años habían pasado ya? Increíble. Aunque, considerando cómo había terminado todo...

Laura animó a Julián a que siguiera recorriendo la exhibición y se sentó en uno de los largos bancos afelpados del museo.

—¿Comisario?

—Laura, querida. ¿Cómo va todo?

—Muy bien. Gracias.

—¿Estás en Barcelona, no? ¿O me informaron mal?

—Le informaron bien.

—¿Qué tal la vida en pareja?

—Veo que está al tanto.

—Es fácil seguirte la pista. Muy pocos policías destacan como vos. Y la gente habla. «La ascendieron a comisaria inspectora». «Es jefa de la policía científica». «Trabaja de lunes a viernes en Río Gallegos y se va los fines de semana a El Chaltén». «Está en pareja con un español dueño de un hotel».

Laura miró a Julián, que se alejaba entre réplicas de fósiles gigantes. Parecía disfrutar como un niño. En cuanto se había enterado de que el Museo de la Ciencia barcelonés organi-

zaba una exposición de dinosaurios de la Patagonia, le había dicho a Laura que no podían perdersela.

Verlo observar aquellos esqueletos con tanta ilusión la tranquilizaba. Julián sería un buen padre. Ella, por otro lado...

—Supongo que también se habrá enterado de que estoy embarazada. De seis meses. Una nena.

—¡Eso no lo sabía!

Lamuedra se deshizo en felicitaciones. Le habló de sus propios hijos, le aconsejó que aprovechara para dormir y le preguntó cómo se encontraba.

—Bien. El primer trimestre con algunas náuseas pero, considerando lo que les pasa a otras embarazadas, no me puedo quejar.

—¿Ya elegiste el nombre?

—De momento, la llamo Pichona —respondió Laura, acariciándose la barriga.

—Yo te sugeriría que busques algo más clásico.

—Usted me conoce, comisario. A mí lo clásico suele traerme problemas.

Lamuedra tardó unos segundos en responder. Quizás estaba decidiendo si las palabras de Laura eran autorreflexión o reproche.

—Hablando en serio, Laura, no sabés la alegría que me da. De verdad. Se viene la aventura de tu vida.

—Gracias, comisario. Ahora dígame en qué puedo ayudarlo.

—Sí... No... Yo... Nada. Nada, no tiene importancia. Era para comentarte una cosa, pero... si me hubieran dicho que estabas embarazada, ni se me hubiese ocurrido llamarte.

—Estoy más gorda y más cansada, nada más. Cuénteme.

—No me parece apropiado. Bastante dudé de si molestarte en tus vacaciones.

—¿Por qué no me lo dice de una vez y deja que yo decida si me molesta o no?

La sorprendió su propio tono. Unos años atrás habría sido incapaz de hablarle así a Lamuedra. Pero el comisario ya no

era su superior ni ella tenía las hormonas para tanta formalidad.

Desde las patas de otro dinosaurio, Julián la miró, le sonrió y le hizo un gesto para preguntarle si todo iba bien. Ella le respondió con el pulgar hacia arriba y le tiró un beso silencioso.

—Vos no estás muy lejos de Andorra, ¿no? —preguntó Lamuedra.

—Creo que no. Me parece que son unas tres horas en coche.

—Eso es lo que vi por internet. Te llamaba para sugerirte que te acerques hasta allá.

Las cuatro cosas que Laura sabía del Principado de Andorra se las había contado Julián: que era un pequeño país entre España y Francia, que el idioma oficial era el catalán, que estaba lleno de argentinos instructores de esquí y que muchas de las grandes fortunas de España se escondían en sus bancos.

—¿Y qué hay en Andorra que pueda interesarme, comisario?

—El cadáver de Stefan Wachter. Sesenta y un años. Asestinado antes de ayer de un disparo en el pecho con cartuchería de escopeta a corta distancia. ¿A que no adivinás qué más había dentro de la herida?

—No me diga...

—Un proyectil de 9 milímetros introducido *post mortem*.

Laura no supo qué contestar. Consideró por un segundo que pudiese tratarse de una broma del comisario, pero sabía que Lamuedra no hacía ese tipo de chistes.

—Eso es muy parecido al homicidio de Manuel Reláñez en Ushuaia hace un año, ¿no?

—Es idéntico. ¿Cómo se enteró de esto, comisario?

—Saltó una alerta internacional. Como Ushuaia es una romería de turistas extranjeros, la policía de Tierra del Fuego tuvo el buen tino de meter los datos del caso en el sistema de Interpol. En cuanto los de Andorra hicieron lo mismo, saltó la

semejanza.

Hasta ahí, tenía sentido. Lo que Laura no entendía era por qué la estaba llamando Lamuedra, que seguía siendo comisario en Puerto Deseado, el pequeño pueblo donde Laura había nacido y había pasado gran parte de su vida, incluyendo los inicios de su carrera profesional. Ahora ella llevaba cinco años fuera del pueblo y Puerto Deseado no compartía jurisdicción con Ushuaia, porque pertenecían a diferentes provincias. ¿Por qué la llamaba Lamuedra y no alguien de la Policía Federal o la de Tierra del Fuego?

—Sabías que nunca encontraron al responsable del homicidio de Reláñez, ¿no?

Por supuesto que Laura lo sabía, aunque entendió por qué el comisario se lo preguntaba. Ella solo había participado al principio del caso como sustituta durante dos meses. Por aquella época, los únicos dos criminalistas de Tierra del Fuego habían tenido la increíble puntería de sufrir un infarto y un accidente de tráfico con menos de una semana de diferencia. Entonces la policía de la isla pidió ayuda a Santa Cruz, la provincia más cercana, y Laura pasó sesenta días a préstamo en Ushuaia.

—Sí. Sigo en contacto de vez en cuando con los de Tierra del Fuego. ¿Qué tiene que ver usted con esto, comisario?

—Absolutamente nada —rió Lamuedra—. Me enteré de casualidad. Estoy en Río Gallegos en un congreso y Sanahújar me habló del caso. La contactó el jefe de la policía de Tierra del Fuego para pedirle que te notificara, pero ella se negó porque estabas de vacaciones.

La comisaria mayor Valentina Sanahújar era una de las autoridades máximas de la policía de Santa Cruz. En el organigrama, solo había dos personas entre ella y el ministro de Seguridad. Y también era la jefa directa de Laura, que llevaba un año como directora general de la policía científica.

—Yo le insistí —continuó el comisario—. Supuse que estarías en Barcelona, pero me repitió que no pensaba contactarte. En ningún momento me dijo que estabas embarazada.

Viste cómo es.

Mientras más conocía a Sanahújar, Laura más admiraba su profesionalidad.

—Y si mi jefa directa decidió no contactarme, ¿por qué lo hace usted?

—Porque te conozco. Si alguna vez te enterás de que estuve a menos de trescientos kilómetros de ese cadáver y no te dije nada, no me lo perdonarías.

Laura sonrió en dirección a Julián, que ahora estaba de pie junto a una tortuga fósil gigante. Al mirarla, infló las mejillas de aire y aleteó con los brazos lentamente, como si estuviera nadando. Definitivamente, sería un gran padre.

—Tiene razón, comisario. Hace bien en avisarme. Se lo agradezco. Ahora mismo llamo a Sanahújar.

—Negaré haber sido yo quien te lo dijo.

—Negaremos todo, comisario. No será el primer secreto que nos llevemos a la tumba.

Ambos rieron y Laura volvió a agradecerle.

—Una última cosa, Laura.

—Dígame.

—Esa nena se ganó la lotería. Te conozco y sé que vas a ser una madre excelente.

CAPÍTULO 2

Después de veinte minutos dando vueltas por calles sinuosas de inclinaciones imposibles, Laura encontró un hueco para estacionar el coche que le había prestado la madre de Julián. Caminó cuesta abajo hacia el centro de Andorra la Vella, la capital del Principado, a remolque de su barriga.

La ciudad estaba emplazada en un valle escoltado por montañas arboladas que velaban el horizonte. Todo lo contrario a la meseta patagónica. A medida que bajaba, los edificios residenciales se volvían más nuevos, más lujosos y más estrafalarios.

Al llegar a la avenida Meritxell, se unió a un enjambre de transeúntes que entraban y salían de perfumerías, franquicias de comida rápida, tiendas de relojes y ropa de marcas exclusivas. De no ser por los numerosos establecimientos de tabaco y sucursales bancarias, la avenida Meritxell le habría parecido el hall de un gran aeropuerto al aire libre.

Se detuvo frente a una escultura de Salvador Dalí: los clásicos relojes derritiéndose. Desde allí le hizo una videollamada a Julián.

—Me quiero mudar a Andorra —le dijo en cuanto él atendió—. No sabés lo fresquito que está. En Barcelona me estaba cocinando.

—Pues solo necesitas un canal de YouTube que facture millones.

—Muertos hay en todos lados. No creo que me falte trabajo.

—Ahora que lo mencionas, ¿has podido hablar con Sanahújar? Necesitaba contactarte. Me ha llamado su secretaria.

—Sanahújar no tiene secretaria, sino secretario.

—Pues a mí me... Espera, ¿no tienes ninguna llamada perdida de ellos?

—No.

—Qué raro. Me dijo que te había intentado ubicar pero tenías el móvil apagado o sin cobertura. Aunque de camino a Andorra pasaras por sitios sin señal, te tendrían que figurar las llamadas perdidas.

Desde luego, era extraño.

—No pasa nada. Ahora mismo la llamo y resolvemos el misterio.

Al levantar la vista, vio la bandera andorrana flameando en la fachada de hormigón de una construcción de tres pisos. Había llegado al edificio del Obac, la sede central de la policía del Principado. Se despidió de Julián con un sonoro beso y después hizo una vocecita aguda para decir «Chau, papá. Nos vemos prontito».

Dentro, el edificio olía a tinta de impresora y a ambientador de manzana.

—Buenos días. Soy Laura Badía. Trabajo para la policía argentina —le dijo al único agente apostado en la mesa de entrada—. Tengo información sobre el homicidio de Stefan Wachter. Necesito hablar con el responsable de la investigación.

El policía puso cara de póker. Era bueno. Su semblante no dejaba entrever si sabía o no del caso del que le hablaba. Aunque Laura suponía que, en un país de solo 85.000 habitantes, era imposible que un policía no se hubiese enterado de un crimen tan peculiar.

—Tome asiento un momento, por favor.

Laura se sentó en un banco de madera junto a la pared y oyó de fondo al policía hablar por teléfono en catalán. Después de dos años en pareja con Julián, comprendía bastante

bien el idioma, pero el agente había sido tan discreto que ella apenas logró reconocer el *d'acord* final.

—Ahora baja un compañero —dijo, y se puso a mirar unos papeles.

Quince minutos después, las puertas del ascensor revelaron a un hombre de más de cincuenta años que vestía vaqueros y una chaqueta de cuero negra por encima de una camiseta del mismo color. Su delgadez extrema solo cedía a la altura de la cintura. La cara bronceada, de mejillas hundidas y pómulos marcados, el pelo rizado con varias canas y una barba gris y rala le daban el aspecto desgarrado de un excantante de rock.

—Buenos días. Soy el inspector Enric Sallent, a cargo de la Unidad de Homicidios. El agente me ha dicho que tiene información para nosotros.

—Trabajo para la policía de la provincia de Santa Cruz, en Argentina. Apareció una coincidencia en la base de datos de Interpol entre un asesinato que hubo en la Patagonia hace un año y uno en Andorra hace dos días. Ambas víctimas murieron por cartuchería de escopeta y les metieron *post mortem* en la herida un proyectil de pistola 9 milímetros.

—¿Y qué necesita exactamente?

—Intercambiar información. Si concluimos que podría tratarse del mismo homicida, deberíamos plantear una investigación conjunta.

—Escúcheme, señora...

—Comisaria inspectora Laura Badía —dijo mostrándole su credencial.

—Comisaria inspectora, es cierto lo que usted dice: tenemos un cadáver con esas características. Hasta ha salido en las noticias. También estoy al tanto de la coincidencia con el caso de Argentina. Pero no he recibido órdenes de compartir información con nadie. Tampoco me han informado de que se presentaría usted aquí.

—Ni le informarán. Estoy de vacaciones visitando a la familia de mi pareja, en Barcelona. Me enteré de la coinciden-

cia en Interpol por un colega. No podía dejar de venir, nuestro caso lleva un año estancado.

El hombre inspiró hondo y la miró a los ojos.

—La entiendo. Yo en su lugar habría hecho lo mismo. Pero no puedo saltarme las normas. Seguramente habrá un intercambio de información a través de Interpol. Incluso es probable que usted y yo acabemos colaborando por vía telemática.

—¿Vía telemática? Estamos cara a cara. Acá. Ahora. ¿Hay algo mejor que eso?

El hombre respondió mostrándole las manos vacías.

—No puedo ayudarle, de verdad.

Laura insistió un par de veces, pero no hubo caso. Hacer que un policía de servicio cambiara de opinión era como sacarle una respuesta a una pared. Ella había sido muchas veces esa pared.

—Permítame al menos que le deje mi número. Si en algún momento puedo ser útil, solo tiene que avisarme. Estaré en Barcelona dos semanas más.

El hombre recibió la tarjeta de Laura sin ofrecerle la suya a cambio. Después se disculpó y dio por zanjado el encuentro anunciándole que debía volver a trabajar.

—¿Ya recibieron el informe toxicológico de la víctima?
—dijo Laura mientras Sallent esperaba el ascensor.

—No puedo facilitarle esa información.

Eso era un sí. De lo contrario, el policía le habría dicho que no para sacársela de encima lo antes posible.

—¿Escopolamina? —aventuró ella.

La puerta de acero inoxidable se abrió con un «ding», pero el hombre se quedó inmóvil, mirándola a los ojos.

Vas bien, se dijo Laura a sí misma.

—¿Le gusta la cerveza, inspector Sallent?

—¿Eso a qué viene?

Laura volvió a acercarse a él y le ofreció la mano para que la estrechara.

—Le apuesto una cerveza a que en menos de cuatro horas, después de que usted lea a fondo el informe del homicidio de

Ushuaia, me llamará por teléfono. En el toxicológico de nuestra víctima también hay escopolamina.

—Si la llamo, dé por hecho que pagaré yo las cervezas.

Laura arqueó la espalda para hacer su barriga aún más prominente.

—Para mí, sin alcohol. Es más cara pero, considerando mi estado, no creo que vaya a objetar.

Giró sobre los talones y salió del edificio sin saludar a Sallent ni al agente de la recepción. Cuando el aire fresco le lamió la cara, sonrió.

—Yo diría que acabamos de meter un gol al ángulo, Pichona —dijo, acariciándose el vientre.